

A close-up, high-contrast photograph of a child's face, focusing on the eyes and nose. The child has light-colored hair and is looking directly at the camera. A single, dark, thick tear is falling from the left eye. The lighting is dramatic, with deep shadows and bright highlights, creating a somber and intense atmosphere.

E L E X P E D I E N T E
S A M A E L

ENRIQUE J. VILA TORRES

Horrendos y macabros asesinatos comienzan a sucederse en diferentes ciudades del mundo. El primero de ellos, el que da la voz de alarma, sucede en Odessa (Texas, USA), donde el padre Brian, a través de una ventana de su iglesia, ve cómo lo que parecen demonios violan y atacan con brutalidad a dos chicas adolescentes. Antes de que pueda avisar a nadie el propio sacerdote es bestialmente decapitado.

Índice de contenido

Parte primera. El advenimiento

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Parte segunda. El caos

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Parte tercera. Tregua

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Sueño final

Epílogo

Sobre el autor

En el *Libro de los números caldeo*, Samael es la sabiduría escondida (oculta), y Miguel la sabiduría terrestre superior, emanando ambas de la misma fuente, pero divergiendo a su salida del alma del mundo, la cual sobre la tierra es Mahat, el entendimiento intelectual o Manas, el asiento de la inteligencia. Divergen porque el uno (Miguel) es influido por Neshamah, mientras que el otro (Samael) permanece no influido. Esta doctrina fue pervertida por el espíritu dogmático de la Iglesia que, aborreciendo al espíritu independiente no influido por la forma externa, y por tanto, tampoco por el dogma, convirtió a Samael... (el más sabio y espiritual de todos los espíritus) en el adversario de su Dios antropomórfico y del hombre físico sensual, ¡el demonio!

H.P. BLAVATSKY *La doctrina secreta*,
volumen III, estancia XII

PARTE PRIMERA

EL ADVENIMIENTO

El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y se oscureció el sol y el aire por el humo del pozo. Y del humo salieron langostas sobre la tierra; y se les dio poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra. Y se les mandó que no dañasen la hierba de la tierra, ni cosa verde alguna, ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tuviesen el sello de Dios en sus frentes.

Apocalipsis, capítulo 9, 1-5

1

Odessa, Texas, Estados Unidos

El sacerdote miró horrorizado a través de la ventana. Llevaba tiempo vigilando a aquellos forasteros que le resultaban sospechosos. Lo que vio a través de los sucios cristales del desvencijado cobertizo a las afueras de su ciudad, al que había llegado siguiendo a aquellos extraños, heló la sangre en sus venas.

Dos adultos con la cara protegida por máscaras, que representaban grotescos monstruos, violaban con crueldad a dos inocentes adolescentes.

Con los ojos desorbitados y el corazón a punto de salirse por la garganta, el padre Brian trastabilló al dar un paso atrás. Todos sus músculos temblaban. Hacía días que suponía que la estancia de esos extraños en Odessa traería problemas. Había sido una intuición acertada. Eran ellos, no cabía duda, los que ahora martirizaban con salvajismo a las chicas.

El siervo de Dios se mantuvo al lado de la ventana, como hipnotizado por el morbo, el asco y el miedo. Adivinaba el sufrimiento de aquellas jóvenes. Sus sospechas irracionales habían resultado ser ciertas, pero quizá había llegado demasiado tarde para detener aquella perversión.

Se encontraba en Odessa, en el estado de Texas. Aquel había sido siempre su hogar. Allí se había acostumbrado a dirigir a su tranquilo rebaño de fieles, alejándolo del pecado y de la perversión de la sociedad moderna. Nada había podido llevar las miserias del demonio a su comunidad.

Hasta que ese par de forasteros habían irrumpido allí hacía pocas semanas.

Con paso tambaleante, pero con determinación, se acercó a la casa que se encontraba a escasos metros del cobertizo. Necesitaba un teléfono. Fue hasta la entrada de servicio por la que se accedía a la cocina. Conocía las costumbres y secretos de muchos de sus feligreses, acostumbrado a ser invitado a sus fiestas y reuniones. Tras hurgar entre las acacias del macetero, sacó la llave y con pulso tembloroso consiguió abrir la puerta.

A cada segundo, la imagen de horror de las pobres adolescentes golpeaba su mente y le desgarraba el alma. Sangre, sudor y semen estaban formando un amasijo asqueroso a escasos metros de allí.

Accedió a oscuras hasta la pared donde recordaba haber visto el teléfono. Cuando lo encontró, lo descolgó con manos temblorosas y se dispuso a marcar el número de emergencias. Pero antes de que pudiera terminar de hacerlo, sintió como un duro y frío objeto se clavaba en su espalda justo en la base del espinazo y después era empujado con violencia. Su cara golpeó con fuerza contra las teclas y el auricular resbaló de su mano y quedó colgando del hilo. Un hilo de color marfil enrollado sería lo último que lograría ver entre las sombras de esa cocina oscura. Un hilo que se asemejaba al cordón umbilical que le dio la vida en el vientre de su madre. Un hilo flexible y eterno que se extendía hacia la oscuridad cálida de la muerte.

La hoja de acero del machete medio oxidado partió la médula espinal de Brian, le cortó los intestinos y le seccionó los blandos músculos abdominales, atravesando la capa de grasa de la tripa hasta salir por el otro extremo y clavarse en la pared de madera de la casa de los Stamford. El grito de espanto que intentó emitir solo dejó salir sangre...

Mientras el sacerdote notaba cómo la muerte le acorralaba, escuchó una voz:

—Cura. —El sonido gutural y oscuro que salió por la garganta de su inesperado verdugo le recordó viejas voces de Europa del Este—. Ahora, por fin, podrás saludar a tu Señor. ¿Sientes el dolor? ¿Te resulta agradable tu tibia sangre acariciando tu pierna y tu sagrado y virginal pene? ¿Estás preparado para llegar a tu patético paraíso de vírgenes y maricones?

Brian apenas sentía dolor, tan solo una palpitante quemazón en la base de su espalda... Percibía cómo se le escapaba la vida a la vez que el aliento de ese hombre le alcanzaba a bocanadas acompañando las últimas palabras que escucharía.

—Pues dile a tu Dios de mierda —continuó el asesino regodeándose en su sangrienta muerte—, que sus días de reinado han terminado.

Su cuerpo se convulsionó y la sangre volvió a salirle por la boca, manchando el teléfono de un rojo intenso. La vista del sacerdote se nubló. En un último suspiro, rogó a Cristo perdón y piedad, mientras escuchaba:

—Y háblale de uno de sus enemigos. Porque tienes que decirle a tu estúpido Señor, cura de mierda —finalizó el matón—, que el quinto ángel del Apocalipsis, al que él mismo creyó haber vencido, ha vuelto para vengarse.

Antes de irse, sobre el estómago destripado, el asesino dejó un sobre blanco que fue empapando su celulosa con la sangre del desgraciado sacerdote. En él se podía leer con una caligrafía desordenada un solo nombre: «Samael».

2

Ciudad del Vaticano, Italia

El sol que moría en esa templada tarde de mayo, arrancaba reflejos dorados de la imperiosa cúpula de San Pedro, en la Ciudad del Vaticano. El padre Pietro Rossi nunca dejaba de asombrarse ante la magnificencia de la plaza diseñada por Bernini para alabar la grandeza del Señor. Mientras caminaba con paso firme por la Via de la Conciliazione, arropado por las elegantes columnas que la delimitaban, los últimos rayos de luz de ese día calentaban con suavidad su espalda a través del negro tejido de su sotana.

Pietro se dirigía a una de las reuniones más delicadas de su vida. Siempre había estado al servicio de Dios, primero como un tímido pero diligente párroco en un pueblecito de su región natal, el Valle de Aosta, en el norte del país, y luego destinado en la mismísima Ciudad del Vaticano, como secretario adjunto a la oficina de Gabriele Amorth, jefe de los exorcistas de la Santa Sede. Y pese a encontrarse vinculado a esa parte de la Iglesia, la más peligrosa, la que se enfrentaba de forma directa con el Mal en su manifestación en la tierra, nunca se había encontrado en una situación como aquella.

Al llegar a la plaza de Pío XII, antesala de la plaza de San Pedro, giró a la derecha, decidido pero cada vez más nervioso, buscando la Via Mascherinno, una de las calles que rodean el centro espiritual de los cristianos. Allí había quedado con su interlocutor, ese empresario americano que llevaba meses detrás de él con tanta insistencia que

Pietro no había tenido más remedio que acceder a la misteriosa cita.

Cuando por fin llegó al discreto restaurante donde tendría su encuentro, la tarde romana ya dejaba paso a la penumbra gris plata, preludio de la noche. Hizo un gesto a Marco, el amable encargado del local, lugar secreto de reuniones «extraoficiales» para gran parte de la curia católica de Roma, en el que se trataban temas que no podían comentarse entre los muros de las estancias vaticanas. Y el de hoy era uno de ellos.

Pietro atravesó la zona del comedor en la que solo una pareja degustaba unos raviolis y un *ossobuco* de aspecto delicioso. Pero el padre Rossi, en esos momentos, tenía de todo menos hambre. El nudo en su estómago le impedía pensar en comer. Con sigilo y echando antes un vistazo a la pareja, que no reparó en su presencia, siguió por el pasillo situado al final del salón y traspasó una disimulada puerta que daba acceso a la zona reservada. Tras subir por unas empinadas escaleras, entró en una especie de buhardilla, diseñada con ingenio por el arquitecto del edificio, sin ventanas e inapreciable desde el exterior.

La estancia estaba decorada con austeridad, pero con esmero. Los usuarios no debían echar en falta ningún tipo de comodidad. Una robusta mesa circular de reuniones, de oscura caoba, rodeada de seis sillas a juego, presidía el centro de la misma. Las paredes no eran altas y lucían un sobrio papel pintado de tonos granates. Una lámpara, funcional pero elegante, iluminaba la sala con una luz cálida. A la derecha de la mesa central había un escritorio repleto de paquetes de folios sin estrenar, estilográficas, lápices, una calculadora, un ordenador portátil, un teléfono y una impresora. También había un par de iPhones y un monitor plano de pantalla de plasma.

Tras ella, toda la pared estaba ocupada por una estantería cargada de voluminosos tomos, de sobra conocidos por el padre Pietro: de derecho canónico, de historia del cristia-

nismo, de Roma y la Ciudad del Vaticano y algunas compilaciones de derecho internacional civil y penal. Por supuesto, también había tratados de exorcismo, volúmenes que habían sido depositados en esa secreta estancia por expreso deseo de su «jefe», el padre Gabriele Amorth.

El cura se recostó en un elegante sofá situado justo en el extremo opuesto del escritorio. Abrió con delicadeza el botellero y se sirvió un Chivas de doce años. La ocasión lo requería y el alcohol siempre le había templado los nervios.

Sabía que la seguridad del lugar era absoluta. Los servicios secretos de la Guardia Suiza cumplían bien su cometido. Podía estar seguro de que lo que iba a hablar en ese despacho solo lo escucharían sus propios agentes... Sin embargo, sentía que un riesgo enorme se cernía sobre esa sala, sobre él mismo, sobre la Santa Sede y sobre la pervivencia de la propia Iglesia católica. Ese día iba a ponerse a prueba la consistencia del sistema católico en la lucha contra el Maligno y su seriedad y credibilidad. Tendría que capear con un encargo que no quería aceptar. Con un encargo que le horrorizaba y que ni su propio jefe ni todos los exorcistas del mundo querían conocer.

Justo después de dar el primer sorbo al *whisky*, alguien entró por una puerta lateral perfectamente camuflada. Era un hombre adusto, alto y con el pelo blanco. Sus ojos, azules y fieros, se clavaron en él mientras dejaba el vaso de alcohol sobre el escritorio.

La voz del recién llegado sonó áspera, pero firme:

—Padre Pietro, es un placer por fin conocerle y que haya accedido a esta entrevista. No son tiempos en los que hablar de Satán sume puntos a la credibilidad de los laicos. Ni tan siquiera a la de los miembros de la Iglesia.

—Eso no quiere decir que su poder no siga acechándonos, señor Dalton —contestó el sacerdote—. Pero quizá es cierto que no están los tiempos para advertir de su presencia.

El cura indicó al recién llegado el sofá frente al suyo.

—Pero siéntese, por favor. Ha insistido muchísimo en celebrar esta reunión. No es habitual que, tratándose de un tema de supuesta posesión, accedamos a saltarnos el protocolo habitual para determinar si es necesaria nuestra intervención. Desde luego —prosiguió el hombre de Dios—, ha sabido usted mover sus hilos. Le garantizo que mi jefe, monseñor Gabriele Amorth, no es dado a conceder privilegios.

El señor Dalton mudó su rostro pétreo y frío en una mueca de burla y complacencia.

—Hablamos de Samael, padre. Ya lo sabe. Y no es cuestión de seguir ante este enemigo ningún protocolo vaticano. El asunto es más que serio. Hablamos de muertes reales que ya se han producido en Odessa. Un sacerdote y dos adolescentes. Y hablamos de pruebas contundentes de que el Maligno ha urdido todo esto.

—No se precipite —señaló el sacerdote—. Son muertes horrendas, pero pueden ser simples asesinatos a manos de mortales desequilibrados.

—¡No! —contestó el americano—. No, padre. ¡No! Es el advenimiento de Samael y los que hemos de enfrentarnos a él queremos... debemos tener a la Iglesia de nuestro lado.

—No es tan fácil —alegó el cura—. El protocolo, las pruebas, la repercusión que tendría un reconocimiento oficial de la Iglesia de un caso de posesión. Le aseguro...

—Espere —le cortó, tajante, el empresario—. No se trata de discutir ahora. Mi organización conoce las necesidades del Vaticano en estos casos. En todos los casos. Pruebas y razones de peso para «actuar» oficialmente.

En ese instante el hombre abrió el maletín con el que había acudido a la cita. Extrajo un grueso sobre del interior y lo dejó con cuidado sobre el escritorio.

—Examine su contenido con piedad y con temor, padre —indicó el señor Dalton—. En su interior está el futuro del concepto que sus fieles tendrán de la Iglesia católica. El futuro incluso de la humanidad. Y razones de peso para que

su jefe, monseñor Amorth, decida intervenir. Hay documentos, fotos, declaraciones juradas, algunos vídeos y grabaciones. Y sobre todo algo más...

El padre Pietro miró el sobre con cierta aprensión. No quería abrirlo, porque sabía que se desencadenaría un escándalo que removería los cimientos de la fe cristiana. Ese hombre, Dalton, representaba a un grupo secreto y muy poderoso del que jamás había oído hablar... y ahora le pedía, le exigía más bien, su alianza para enfrentarse al enemigo más grande de la Iglesia, Satán. En principio, no parecía algo descabellado o imposible, pero él no se fiaba.

Miró a los ojos de su interlocutor. Cogió el sobre con cuidado y lo guardó bajo llave en uno de los cajones del escritorio. Suspiró.

—Ahora, señor Dalton —el sacerdote hizo un gesto de asentimiento al americano—, creo que es el momento de hablar largo y tendido de lo que puede ser la mayor alianza jamás pactada en la historia de la humanidad...